

blemente relacionados con la contienda. En consecuencia, la sociedad vasca de los años treinta se encontró «en plena transición» entre los usos tradicionales y la cultura de la modernidad. En el ritmo de este proceso incidió la colisión de ambas tendencias contrapuestas. Sobre el particular, el autor subraya los intentos infructuosos de los teóricos de la izquierda —incluso en sus correligionarios— por evitar conductas nocivas o reaccionarias muy secundadas (diversión en las tabernas, usos familiares, asistencia al cine y teatro comerciales...), sustituirlas por otras saludables o progresistas y, por último, consolidar actos derivados de la legislación afesional del régimen republicano (divorcio, etc.).

A *Trabajo, diversión y vida cotidiana* le falta cierta consistencia en la argumentación de las anteriores ideas, defecto éste consustancial a toda incursión inicial con intención divulgadora. Así, el apartado final de conclusiones bien podría ser el imprescindible punto de partida hipotético de un trabajo más concienzudo y extenso. Sin embargo, en esta carencia residen sus méritos fundamentales. Santiago de Pablo consigue ensamblar aportaciones provenientes de campos de investigación dispares y, a la vez, sugerir proyectos que puedan profundizar en parte o en la totalidad del objeto de estudio. Además, en consonancia con la materia y el propósito antes citado, lo hace con un estilo narrativo ágil, de fácil lectura (breves capítulos sin apenas notas, aunque con una bibliografía final de apoyo), amenizada con anécdotas y estadísticas interesantes sobre algunos pueblos. Asimismo, debe ser resaltada la inserción de varios apéndices y, sobre todo, de ilustraciones muy oportunas, que nos acercan a la publicidad de la época, cuya estética ha sido recientemente recuperada. Gracias a esta obra también la historiografía rescata el atractivo por el sujeto.

*Carmelo Landa Montenegro*

Manuel TUÑÓN DE LARA, Ricardo MIRALLES y Bonifacio N. DÍAZ CHICO: *Juan Negrín López. El hombre necesario*. Las Palmas, Gobierno de Canarias, Consejería de Educación, 1996, 246 pp.

La importancia histórica de Juan Negrín no admite duda alguna. Como ministro de Hacienda desde setiembre de 1936 y jefe de gobierno desde mayo de 1937 su figura resulta clave para entender la evolución política de la República durante la guerra civil. Negrín se vio obligado a enfrentarse a las graves incapacidades (de hecho, crisis abierta) de la coalición de fuerzas liberales y de izquierda (republicanos y socialistas) a la hora de ejercer el poder y movilizar a la población republicana para lo que era una guerra total. Negrín también tuvo que arbitrar nuevos medios para reconstruir las estructuras estatales sobre la marcha, tras el colapso provocado por la insurrección militar de julio de 1936. Además, el discurso humanista de «resistencia nacional» adoptado por Negrín en sus alocuciones de guerra puede considerarse como un intento (aunque a la postre malogrado)

de superar los persistentes problemas derivados de la intensa fragmentación en las bases sociales de la República. La movilización exigida por la guerra se contemplaba como el acto que habría de forjar un nuevo orden nacional liberal e integrador, basado en un concepto de la ciudadanía de orden social y político. Y sin embargo, a pesar de la indudable transcendencia histórica de estos proyectos, Negrín sigue siendo paradójicamente el gran desconocido del período 1936-1939.

Durante muchos años este desconocimiento quedó velado por la marea de críticas simplistas y erróneas, pero altisonantes y acerbas, que retrataba a Negrín como «el culpable de todos los males de la República». En particular, la acusación de que permitió (si es que no alentó) la hegemonía del Partido Comunista de España (PCE) como precio a pagar por el vital apoyo soviético al esfuerzo bélico de una República atezada por el embargo internacional. De hecho, las diversas trayectorias del PCE y del PSOE durante la guerra sólo pueden comprenderse atendiendo a lo que era el imperativo crucial del esfuerzo defensivo republicano: la necesidad de una movilización de masas tanto en el frente propiamente dicho como en la retaguardia. Negrín tuvo que contar necesariamente con el PCE porque era el partido mejor preparado para acometer esa labor. Como consecuencia, la reputación personal de Negrín, al igual que la comprensión de la dinámica política en el bando republicano durante la contienda, han sufrido un eclipse analítico debido a la aplicación anacrónica de conceptos históricos derivados de tiempos de la Guerra Fría.

La localización de Negrín en el ámbito del PCE ha obstaculizado la valoración ponderada del significado de ese personaje dentro de su propia tradición política: el movimiento socialista de carácter reformista. Al respecto, es revelador el hecho de que el PSOE, hasta el momento, nunca haya reivindicado la figura de Negrín a pesar de sus impecables referencias: era un diputado socialista moderado, favorable al laicismo pero sin mácula de anticlericalismo, partidario de una economía capitalista combinada con un Estado fuerte con amplias funciones sociales, y convencido de la necesidad de democratizar la educación y promover la cultura pluralista; en definitiva, era «moderno» en el sentido liberal y burgués del término.

Al igual que Indalecio Prieto, en tiempos su amigo y correligionario político, siempre reconocido por el PSOE, Negrín se afilió a este partido porque lo consideraba la mejor alternativa republicana para la modernización de España. Pero Negrín tuvo una mejor comprensión de los imperativos del poder y percibió con mayor claridad que Prieto tanto la dinámica generada por la guerra como el universo ideológico y los objetivos políticos abrigados por los rebeldes, que hacían totalmente inviable e ilusorio el proyecto de una paz negociada. Por consiguiente, Negrín asumió con decisión el corolario lógico de su análisis hasta el final: un final impuesto por el efecto combinado del embargo y el correlativo deterioro económico, crispación social y desmoralización política en el seno de la República.

Los autores de *Juan Negrín López. El hombre necesario* ofrecen en su libro una biografía coherente y acertada que supone el primer paso en la crucial tarea de desmitificar la figura de Juan Negrín y dismantelar las interpretaciones maniqueas tan al uso y abundantes. No en vano, gran parte de los fallos y errores atri-

buidos a Negrín personalmente son, de hecho, síntomas de una profunda crisis estructural del estado. La parte primera, y sustantiva, de la obra está dedicada a relatar su carrera política, con especial atención a su destacado protagonismo durante la guerra y a su actividad solitaria en el exilio. Una segunda parte del libro, más breve y concisa, examina su perfil intelectual y su labor y legado científico. En ambos apartados encontramos un mismo rasgo definitorio de la personalidad de Negrín: todo lo que hizo, en el orden científico al igual que en el político, estuvo volcado a promover la modernización de España, con el fin de hacerla más cosmopolita en el plano cultural, abierta al cambio, y conectada con las tendencias progresistas europeas. Por su experiencia y temperamento, Negrín no podía ser más ajeno al medio cultural de los militares rebeldes y de sus apoyos civiles, cuyo nacionalismo exacerbado y violentamente maniqueo reprobaba con indignación. El compromiso político de Negrín durante la guerra estaba fundamentado en la certeza de que la derrota de la República implicaría el fracaso de la causa de la modernización cultural del país. Como el propio Negrín señaló, entre la mentalidad de los republicanos y de los rebeldes existía un verdadero abismo.

El libro de los profesores Tuñón de Lara, Miralles y Díaz Chico presenta una excelente síntesis sobre la personalidad y carrera política de Juan Negrín. Pero, como los propios autores reconocen y subrayan, el estudio no está basado en fuentes archivísticas primarias y originales. No podría estarlo porque existe un verdadero problema al respecto. Además de la falta o escasez de material archivístico provocado por las destrucciones bélicas y los avatares del exilio, en el caso de Negrín hay dificultades añadidas muy considerables para obtener fuentes informativas directas y fiables. En parte, esas dificultades tienen su origen en la propia voluntad de Negrín de permanecer fuera de los focos de atención pública (su «afán de anonimato» en palabras de Juan Marichal). Esa voluntad se hizo más patente a causa del amargo conflicto humano y político que le enfrentó a Prieto en el exilio. Por otra parte, tras la súbita muerte de Negrín por fallo cardíaco en 1956, su archivo particular quedó inaccesible a la consulta de los investigadores por decisión expresa de la familia. La razón de esta persistente conducta estriba en el prolongado pleito sobre reparaciones materiales debidas a la familia por el Estado español y también, y fundamentalmente, se nutre de la profunda decepción generada entre los herederos por la continua difamación de que ha sido objeto la figura de Negrín. Lamentablemente, la falta de acceso a dicho archivo particular obstaculiza la urgente reevaluación histórica del personaje y su obra y solamente sirve para perpetuar los mitos maniqueos sobre su significado.

*Juan Negrín López. El hombre necesario* es, por tanto, un libro tan oportuno en el plano temporal como útil en el orden historiográfico. No sólo proporciona un marco interpretativo excelente para futuras investigaciones, sino que también representa una llamada de atención sobre una doble tarea ineludible: emprender un serio y riguroso estudio biográfico sobre Negrín y resolver el acuciante problema del acceso a su archivo particular.